
«Como decía mi padre»

Domingo Hernández Sánchez

Recuerdo 1999 como el año de las entrevistas a Soledad Ortega. Habíamos comenzado hacía poco el proceso de digitalización y catalogación informática del Archivo de Ortega y, en justa correspondencia, decidió iniciarse una labor paralela tan útil como necesaria, la de resguardar la memoria de quien, precisamente, había hecho posible tal archivo. El objetivo principal de las entrevistas era ése, archivar el archivo, acompañar la ordenación definitiva con el registro de su propia historia y, junto a ella, la de la propia Soledad Ortega, la de la Fundación José Ortega y Gasset y la de la herencia intelectual del filósofo. Con esas intenciones, una o dos veces por semana durante los meses de primavera de 1999, intentaba yo explotar, aún más de lo que ya lo había hecho ella misma, la memoria de la hija de Ortega. Utilizaba para ello ciertos apoyos que pudieran servirme de acicate, de espoletas que detonaran el recuerdo: algunas pequeñas alusiones que habían quedado sin concretar en el texto que Soledad Ortega escribió para *José Or-*

tega y Gasset: Imágenes de una vida, determinadas fotografías procedentes del Archivo que no sabíamos cómo catalogar, ciertos datos de la historia de la propia Fundación José Ortega y Gasset... Pero no era necesario: no hacía falta demasiado esfuerzo para activar la memoria de Doña Soledad en torno a los temas que nos interesaban, precisamente porque su memoria respecto a ellos era la de su propia vida.

En ocasiones, al finalizar alguna de las entrevistas más fecundas, yo salía convencido de que tanto el archivo como el propio Ortega habían sido en parte una invención de su hija. Que, como en una de esas novelas postmodernas, había sido ella la que, por lo menos, había iniciado la creación del *personaje Ortega*. Cuando algunas semanas me recibía con ese «Buenos días, como decía mi padre» que tanto le gustaba, parodiando precisamente la dichosa coletilla, el consabido «...como decía Ortega», o cuando en otra ocasión, tras escribir en un folio para no olvidarla una anécdota de José Ortega Zapata que contaba su padre, me insistía en que «le he puesto un título como de Simenon, *La hernia estrangulada y las medias negras*, y estoy encantada, porque yo soy muy lectora de novelas policíacas»... Todo ello era para mí síntoma de que, en el fondo, una gran parte de la intrahistoria orteguiana era una creación suya. Y, en efecto, así era, pero no obedecía a ninguna ficcionalización sino a algo mucho más real, a saber, el lugar fundamental, imprescindible, que ha ocupado Soledad Ortega en el mantenimiento del legado intelectual de su padre.

«No haces más que copiarme, papá», contaba Doña Soledad que le espetaba burlonamente al filósofo cuando éste insistía en el acierto de su hija al elegir el nombre de Aula Nueva para aquella academia de estudios que fundó junto a Julián Marías y otros compañeros de generación. Habrían de ponerse en marcha todavía algunas otras empresas, pero seguramente sea ésta, Aula Nueva, el origen de los actuales Instituto Universitario Ortega y Gasset y

Fundación José Ortega y Gasset. No sólo otras empresas, también peripecias ya clásicas en torno al mantenimiento del legado orteguiano y que la propia Soledad Ortega recordaba como parte de una novela: las primeras ayudas, las primeras colaboraciones, aquellos refuerzos económicos en unos tiempos donde era casi imposible obtenerlos y que Doña Soledad vivió tan entusiasmada como sorprendida. «Me fui por la Castellana andando con mi cheque en el bolsillo, y yo sólo pensaba “¡Qué barbaridad, qué cosas me pasan a mí!”», contaba en las entrevistas mencionadas.

Sí que le pasaron *cosas* a Soledad Ortega. Las suyas, las de su padre, las de su familia..., en fin, las de toda su generación. «En épocas de peligro actúan siempre mucho más las mujeres», me decía, recordando algunas de sus tareas en los tiempos más duros de la vida de Ortega y su familia. Esa actuación para ella tenía mucho de viaje de ida y vuelta, especialmente en relación con ese tema que tanto le gustaba, el de la historia del edificio que actualmente ocupa la Fundación José Ortega y Gasset: «Yo he vuelto al mismo sitio en el que entré a los tres años... y ahora tengo ochenta y cinco», afirmaba entusiasmada, y no era para menos, pues la historia del edificio pasaba a convertirse en parte de la suya. En ese vínculo de espacio y tiempo, a modo de psicogeografía existencial, Doña Soledad fue aprovechando todos los resquicios que su época le permitió para vivir ella y hacer vivir el legado de Ortega. Siempre gustaba de decir que el desorden de su padre había hecho posible el archivo, que sí, mucho se perdió, pero no poco había permanecido: «los papeles que quedaban en casa de mis padres, en el más absoluto desorden... y de eso he tratado yo de hacer un archivo. Y ahí está. Lo que ha quedado ha sido por razones puramente casuales». En ese archivo, en ese perfecto representante de la relación entre espacio y tiempo, y por razones en este caso nada casuales, se encuentra, efectivamente, el legado de Ortega, pero también el de su hija. Quizá nada como ese desorden ordenado muestre de un mo-

do más claro el lugar de Doña Soledad en la herencia intelectual de su padre.

Nos ha dejado Soledad Ortega, nos ha dejado solos. «¡Como si fuera el muerto quien se queda solo de los vivientes, cuando el que se queda solo del muerto es precisamente el que se queda, el que sigue viviendo! La muerte es, por lo pronto, la soledad que queda de una compañía que hubo; como si dijéramos: de un fuego, la ceniza», decía... el padre de Soledad Ortega.

D. H. S.